

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 4 JUNIO 1959
NÚM. 584 AÑO XII

De la playa y su limpieza



Un amable comunicante nos habla hace unos días de la conveniencia de hacer una campaña a favor del adecentamiento de nuestra playa.

No es mala la idea y justo es hacerse eco de ella, como lo es de todo cuanto concierne a la cosa pública. La playa, como todo sector urbano, bien merece ser cuidada y debe procurarse esté siempre en las mejores condiciones de limpieza. La playa y los terrenos que la limitan, que son los contiguos al Paseo y los Jardines.

Pero si bien lo mira el referido comunicante, y cualquiera que fije su atención en aquellos lugares, la playa guixolense ofrece un complejo aspecto, desde uno al otro extremo. No es una playa uniforme, regular y despejada como lo son otras playas vecinas. Hay quien ha llegado a decir que San Feliu no tiene playa. Tan cercenada y obstruida se halla. Aparte de su carácter portuario, y que por lo tanto mal puede parangonarse con las de mar abierto, se interfieren en ella diversos servicios que forzosamente han de influir en su peculiar fisonomía y estado de limpieza. Por una parte su discontinuidad arenosa producida por los efectos del oleaje en días de temporal, causa asimismo de la enorme cantidad de bloques de piedra con que ha habido que defenderla. Por otra parte, la desembocadura de sendos cauces colectores de aguas de lluvia y residuales, y el servir de base para el tráfico de barcas pesqueras y de pasajeros hacen que nuestra playa no pueda equipararse con las que están libres de tales impedimentos.

En consecuencia, hoy por hoy, y seguramente por mucho tiempo aún, tenemos que aceptarla tal como es, y lo único que puede hacerse, y a lo que debía referirse el autor de la carta, es

mantener su incambiable fisonomía en perfecto estado de limpieza, tal como se procura hacer en los demás espacios ciudadanos.

Pero en esa labor de aseo público hay que distinguir dos partes: la que concierne a las autoridades municipales y la que incumbe a todos los ciudadanos en general.

Respecto a la primera, creemos, a fuer de sinceros que salvo las periódicas labores de desherbaje y limpieza de los terrenos colindantes, que si, tal vez podrían realizarse más a menudo, poco más puede exigirse de la brigada destinada a esos menesteres. Los desperdicios, papeles y demás suciedades que en la playa se observan, aunque afectan a los cuidadores de la sanidad pública, mayormente acusan la desidia y poco decoro de las personas que allí los han abandonado.

Más de una vez nos hemos quejado desde estas páginas de la incultura que representa el afeor los lugares públicos, con envoltorios, latas y residuos de vituallas. De como hay gentes incapaces de comprender el valor social de la tierra que pisan, y que andan por este mundo comportándose como seres primarios, dejando aquí y allá la huella indecible de su vivaquear selvático. Gentes que de civismo no cocen ni un ápice, a pesar de vestirse a última moda y cabalgar sobre neumáticos.

Es a esos a quienes hay que culpar de la suciedad de las playas y los pinares; de las fuentes y demás parajes de los alrededores de la ciudad. A ellos habría que vigilar, y sancionar si fuera preciso, ya que atentan contra la higiene y el buen gusto de las personas decentes.

Si, amable comunicante, tienes toda la razón al proponer hacer campaña en pro de la limpieza de la playa. De ella y toda la ciudad. Incluso de los rincones menos frecuentados. Pero en esta labor tenemos que cooperar todos autoridades y ciudadanos. Aquellas extremando la vigilancia, y nosotros dando ejemplo de pulcritud y amonestando a quienes no son dignos de convivir con las personas civilizadas.

Xavier

Sintonia

II Papel II

A nadie puede escapar la importancia que siempre ha ejercido esta materia sobre la humanidad. En todos los tiempos el papel ha jugado su gran papel. Quizá nuestros antepasados trogloditas usaron esta palabra antes de que se viera transformada en producto. —«Bonito papel has representado con tu comportamiento, en nuestra visita de cortesía a la caverna de los Talayot»— puede que dijera más de una vez la troglodita a su compañero.

Y ya desde aquí, puede decirse que la humanidad confió sus valores al papel. Tanto los valores materiales como los morales, pues a fin de cuentas, los dos han tenido que marchar siempre unidos.

De esta unión se han derivado muchas otras especies de papel que vamos contemplando en el decurso de la historia. Ahí está el papel mojado, vulgarmente dicho. No ha sido poca su actividad. Seguramente que habrá en los archivos mundiales tantos papeles mojados como tratados de paz se hayan extendido y firmado. Otro: «El Banco de Torlonia pagará al portador...» Papel mojado. —«Amb aixó i deu cèntims —decían nuestros abuelos— el donaran un llonguet.»—

Llegados al siglo presente, al que alguien dió en llamarle precipitadamente el siglo de las luces, el papel llega a su punto culminante. Nace el papel sextuplicado o más, si se ordena. Nace la exaltación, el valor inconmensurable del papel en la vida social.

Porque una ciudad, la nuestra por ejemplo, puede que para acrecentar más todavía la fuente de divisas fuertes que ella produce, solicite un crédito a la Superioridad central. ¡Ah! ¡Papeles! ¡Muchos papeles! Pero uno de estos no está bien. Quizá le falte un punto, una coma; un poco más: un punto y coma. Entonces, nada de crédito, y vuelta a empezar. Hasta que los papeles estén a su punto. ¿Hasta cuándo?

Y esto que la ciudad, nuestra ciudad, va produciendo sus divisas sanas, sin pedirle los papeles a nadie.